



ROCÍO CORTINA

LEER ES
FUTURO



MÁSCARAS INDESTRUCTIBLES

ROCÍO CORTINA

* ILUSTRADO POR: **MECHA LAGUNAS**

**Encontrá más títulos de la colección en:*
www.cultura.gob.ar/leeresfuturo

Cortina, Rocío

Máscaras indestructibles / Rocío Cortina ; coordinación general de María Inés Kreplak ; ilustrado por Mecha Lagunas. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la Nación. Secretaría de Políticas Socioculturales, 2015.

106 p. : il. ; 16 x 12 cm. - (Leer es futuro / Vitali, Franco; 26)

ISBN 978-987-3772-86-3

1. Cuentos. I. Kreplak, María Inés , coord. II. Mecha Lagunas, ilus. III. Título. CDD A863

Fecha de catalogación: 16/11/2015

- Coordinación editorial: Inés Kreplak
- Edición literaria: Marcos Almada
- Asistencia edición literaria: Juliana Portilla y Sebastián Basualdo
- Diseño de tapa e interiores: Pablo Kozodij

► COLECCIÓN **LEER ES FUTURO**

En el marco de una serie de actividades de promoción y fomento de la lectura, el Ministerio de Cultura presenta la colección de narrativa *Leer es Futuro*, que llega a tus manos en forma gratuita para que puedas disfrutar del placer de la lectura.

En esta oportunidad, convocamos a escritores jóvenes cuya carrera está apenas comenzando, con el objetivo de visibilizar su tarea, contribuir a la difusión de sus obras y democratizar el acceso a la palabra, en continuidad con la ampliación de derechos garantizada por los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner.

También hay que mencionar la inclusión de

los ilustradores de cada uno de estos libros: todos jóvenes y talentosos dibujantes con ganas de mostrar su trabajo masivamente.

Y en un formato de bolsillo para que la literatura te acompañe a donde vayas, porque leer es sembrar futuro.

Ministerio de Cultura

Teresa Parodi | Ministra de Cultura

ROCÍO CORTINA



FLORIDA, BUENOS AIRES, 1985. Es Licenciada en Ciencias de la Comunicación (UBA), periodista y escritora. Actualmente se desempeña como Secretaria de Redacción de *Biciclub Revista*. Colabora con distintos medios gráficos y digitales. Participó de diversos talleres literarios. *Fiestas Sísmicas* es su primer libro de cuentos.

MECHA LAGUNAS



FLORIDA, BUENOS AIRES, 1980. Es caracterizadora teatral, egresada del Instituto Superior de Arte del Teatro Colón y Maquilladora Social. Realizó cursos de vidrierismo y ambientación. Desde el año 2000 a la actualidad realiza ambientaciones, decoración de cuartos, vidrieras, ilustraciones en medios gráficos y maquillaje social e infantil. Pueden verse sus trabajos en: > www.mechalagunas.blogspot.com.ar

CIMIENTOS

El chico reía desaforado. La leche tibia, recién salida de la mamadera, corría por su camisa, empapándola. Fabiana miró a su hijo y se sintió rendida. Vestir a Valentín le había costado cerca de media hora. Una vez que lo logró y se dispuso a seguir con Máximo, su hermano mellizo. Pero, mientras se distrajo buscando la ropa, Valentín decidió darle de tomar leche al perro con su propia mamadera. Fabiana tuvo el impulso de llamar a su marido, pero recordó a tiempo que Mauricio siempre estaba ocupado si se trataba de

cuestiones domésticas. Esta era otra batalla propia y solitaria. Hizo lo mismo que cuando era chica y tenía que arreglarse sola: respiró hondo y contuvo la furia. Le sacó la camisa a Valentín y siguió con Máximo. Cuando vio que el primero corría por la habitación para seguir el juego con la mascota, Fabiana echó al cachorro labrador, cerró la puerta y aseguró al chico en el carrito. Todavía estaba sin la camisa. Lo escuchó llorar muy fuerte, pero no le importó. Terminó de vestir al otro mellizo y también lo dejó en su coche. Le reemplazó la camisa sucia por una chomba rayada a Valentín, y resignó en ese momento el ideal de vestir a los dos niños iguales: a sus casi dos años no eran iguales y ella lo sabía.

Ahora sus dos hijos lloraban a coro, cada

uno desde su cochecito. Pero al menos ella podía dedicarse a sí misma. Buscó el vestido blanco de gasa y las plataformas rojas que había comprado para pasar la noche en Benavidez junto a la familia de su marido, su única familia.

Comenzó a maquillarse y dejó sobre la cómoda el collar que hacía juego con los zapatos. En un acto mecánico, se aplicó corrector de ojeras, esparció base por su rostro, resaltó las pestañas con rimmel y eligió una sombra color lila, que finalmente descartó porque era demasiado artificial. Fabiana se sentía bien con el rostro al natural, prefería corregir solo las imperfecciones generadas por el cansancio, que a esa hora ya era bastante. Había trabajado hasta el mediodía en el local de decoración

que manejaba junto a una amiga y los días anteriores habían sido agotadores. Regalos para las fiestas y la niñera de los mellizos de vacaciones en su pueblo.

Fabiana se acercó cada vez más al espejo, tanto que su nariz casi chocó contra el vidrio. Aprobó su piel con una sola mirada examinadora. A pesar de sus treinta y nueve años irradiaba luz y casi no tenía arrugas ni manchas. Todo gracias a la buena alimentación y la ausencia de vicios, dijo para sí. En ese pequeño acto de vanidad reconocía lo mejor que había logrado en su vida: una máscara indestructible.

Después sostuvo su pelo largo, oscuro y lacio con una flor colorada en lo alto de la cabeza. En ese momento, Mauricio entró al cuarto. Creyó que su marido se había acercado por el

llanto de los chicos. Cómo vas a dejarlos atados, necesitan moverse con la misma libertad que lo hacés vos cuando te vestís, te perfumás y te mirás cien veces al espejo, le recriminaría. Fabiana apretaba los dientes y alzaba los puños para empezar a defender su causa de madre sobrepasada. Pero Mauricio venía a avisarle que tenía una llamada desde Brasil. Es por tu papá, le dijo.

*

Cada vez que el tío Coco toma asiento, se despoja hasta de su alma. Sobre la mesa que tiene enfrente, protegida con individuales de papel verde y blanco, apoya el reloj Citizen,

la pulsera de plata que lleva su nombre grabado, la cadena donde baila una medalla de la Virgen de Luján, los billetes y monedas que apila en el bolsillo. También deja una maraña de llaves que cuelgan de su cinturón. Las tiene separadas en llaveros de plástico. Cada uno lleva un número distinto. Sé que el cuatro corresponde al bazar, donde trabaja junto a mi papá.

De pronto noto que el tío Coco se quita los zapatos. Se refriega uno con otro sus grandes pies envueltos en medias color café y estira apenas sus cortas piernas. Esa costumbre la conocemos solo los íntimos. Lo hace de una manera tan hábil que los invitados nunca logran darse cuenta. Si alguno se levanta para ir al baño, el tío Coco vuelve a calzarse con un

movimiento exacto y casi imperceptible.

En el restaurant también están papá, la tía Irma y mi prima Fabiana, que es un año más grande que yo. Es viernes al mediodía y el negocio familiar cerró hasta las cuatro de la tarde, cuando mi papá vuelve a ponerse al frente del mostrador. El tío Coco tiene por costumbre invitarnos el almuerzo de esos días. Nos pasa a buscar a mí y a Fabiana por el colegio y nos pregunta si queremos pastas. Sabe que le vamos a decir que sí: a todos nos gustan y, además, la carne de esa cantina no es tan rica.

El tío Coco llama al mozo y ordena el menú. La tía Irma comenta algo acerca de los ravioles de verdura y pollo, pero no completa la idea porque el tío Coco pide que cierre la boca: está hablando él. La tía Irma hace silen-

cio. Sabe que el hombre con quien se casó a los dieciocho años tiene un carácter difícil y que eso, traducido al lenguaje matrimonial, significa que se hará siempre lo que él quiera. Con sus manos temblorosas se acomoda los rulos color zanahoria que le crecen como un jardín vertical. Su pequeña boca, pintada de rosa pálido, ensaya una mueca simpática. Si no fueran claros, sus ojos serían los de una lechuza.

A pesar de todo, la tía Irma es linda. Me recuerda a mamá en algunas cosas, aunque a mamá solo la conozco por fotos. Los sábados, la tía Irma prepara leche chocolatada con vainillas. Sea la hora que sea, me ve entrar al living de su casa después de jugar al fútbol, tomado de la mano del tío Coco, y enseguida sirve la merienda. No tarda ni cinco minutos.

El tío Coco empezó a llevarme a los partidos de fútbol que hacemos contra otros clubes un fin de semana en que papá estaba muy ocupado con el bazar. Fue un favor. Pero terminó acompañándome casi siempre. Dice que a Fabiana no la puede llevar a ningún lado porque hace cosas de nenas con la tía Irma. Aunque el partido se juegue lejos, él me lleva en su Falcon Rural color gris. La semana pasada fuimos desde Martínez, donde queda mi club, hasta Villa del Parque. Pasamos a buscar a algunos amigos de mi equipo y todo. Yo explotaba de alegría. A papá no le gusta hacer eso. En cumpleaños, fiestas, tardes de juegos o partidos, me lleva alguien que nunca es él o no voy a ninguna parte. Su respuesta siempre es la misma: estoy muy cansado, vengo de trabajar.

El mozo pregunta si preferimos salsa blanca o fileto. Rosada, decide el tío Coco. Con los canelones ya en el plato, se acomoda su servilleta sobre el cuello. La barba blanca apenas roza la tela. Saborea cada bocado como si fuera un caramelo. No mastica la comida: paladea. Traga y habla de la suavidad de la ricota. No queda adherida al paladar, le dice el tío Coco a la tía Irma. Estos canelones son excelentes, no como los de algunas fábricas de pastas.

Una vez que el mozo retira los platos, el tío Coco abre su cartera –una especie de sobre para hombre confeccionado en cuero, que se cierra con una hebilla muy fuerte y que él se empotra abajo del brazo– y reparte alfajores de fruta para Fabiana y para mí. De postre, los grandes piden flan con crema y tarantela.

Fabiana protesta: ya soy grande, quiero flan. La tía Irma le dice que será grande recién cuando cumpla quince. Para eso faltan cinco años. Fabiana empieza a llorar. La tía Irma le dice algo en el oído que no escucho. Mi prima se calma. Seguro le promete una golosina mejor para cuando llegue a su casa. Así es la tía.

El tío Coco recomienda que no dejemos migas al comer. Por las dudas, sacudo con la mano el mantel a cuadros blanco y rojo. Él cree que los demás no lo están mirando y cabecea varias veces en un sueño digestivo. A nadie le llama la atención que se quede dormido en público. Es parte de su show.

*

Fabiana anotó una dirección y un número de teléfono en el bloc de hojas que tenía en la pequeña mesa, junto a la ventana de su cuarto. Después agradeció a la empleada del consulado, que estaba del otro lado de la línea. Le deseó felicidades y cortó.

Los niños habían dejado de llorar y miraban expectantes a su madre. La misma postura había cobrado Mauricio. Los tres estaban sentados en la punta de la cama. Las largas piernas de Mauricio aterrizaban en la alfombra, las de los chicos se balanceaban a ritmo suave y chocaban contra el cubrecamas.

Fabiana tomó en brazos a Máximo. Se acomodó el vestido que su hijo preferido había tironeado desde abajo mientras hablaba por teléfono y le avisó a Mauricio que ya podían

irse. Pero su marido se puso de pie y la detuvo: ¿No me vas a contar qué te dijo? En sus manos tenía una bolsa con fuegos artificiales para llevar al country de Benavidez.

Ella se aferraba a su cartera y al bolso de los mellizos como si fuesen sus últimas pertenencias. Mi papá murió durante un viaje, le explicó, mañana veré cómo solucionar eso. Fabiana encaró la salida de la habitación.

¿Te parece que son asuntos para postergar? Mauricio la persiguió. Fabiana dejó a su hijo en la alfombra. Con voz monocorde repitió para su marido la información que le había dado la mujer del consulado: su padre había muerto hacía algunas horas en Río de Janeiro, donde vacacionaba junto a un contingente de jubilados. Alguien de su familia debía reconocer

el cuerpo y encargarse de los trámites. Sonaba como una noticia leída en el diario.

Fabiana era hija única. La relación con su padre estaba interrumpida desde que se había ido de su casa, a los 19. Después, solo lo había visto dos veces. La primera, en el entierro de su madre, que había muerto a causa de mal de Parkinson luego de una larga estadía en un geriátrico. Fabiana jamás había pisado el lugar. La segunda, el día después del nacimiento de los mellizos. Su padre se había acercado al sanatorio por invitación de Mauricio, que solía interceder para que la relación no se cortara del todo. Aquel día estaba acompañado por su sobrino Juan Pablo, el primo de Fabiana. Ellos dos eran los únicos integrantes de la familia que seguían viéndose. En la

clínica, Fabiana usó su reciente cesárea como excusa para no pronunciar una sola palabra. Mientras tanto, Mauricio intercambiaba expresiones cordiales con su padre y su primo. Cuando se fueron, se quejó de que esta vez él solo había invitado al suegro, que no tenía por qué llegar acompañado.

No te preocupes por la cena, tenés ausencia justificada, contestó Mauricio. Puedo ocuparme de los chicos mientras arreglás el viaje a Río. Máximo le dio un beso a su madre sin entender. Valentín, en cambio, no quiso saludarla y rompió en llanto cuando ella se le acercó. Era el segundo incidente de Fabiana con Valentín durante la noche. Su parte racional le decía que era un niño, que ninguna de sus acciones podían ser en contra suyo. Pero

desde sus vísceras emergía el rechazo hacia el más lindo de sus hijos, un sentimiento que estaba al acecho para despertar en los momentos menos apropiados.

Mauricio salió del cuarto con los dos chicos. No saludó. Fabiana sintió que echaba a su familia de su propia casa. De un minuto a otro se encontró sentada sola frente al escritorio de su computadora. No había tenido tiempo para elegir una reacción frente a los sucesos que la aplastaban. Sin embargo, le gustaba la idea de pasar un rato a solas.

Se asombró del silencio de su casa vacía, solo interrumpido por la suave respiración del labrador, adormecido por un calmante para soportar la pirotecnia. Se sacó las plataformas rojas e hizo lo que su marido le había

dicho: buscó por Internet un boleto de avión para salir el primero de enero por la tarde. El trámite fue más sencillo de lo que esperaba. Se aseguró de que la compra estuviera cerrada e imprimió el comprobante. Después se puso de pie y caminó descalza por la alfombra. Salió al pasillo que unía el escritorio con los dormitorios y el baño de la planta alta. Miró accidentalmente varios zócalos y advirtió que les faltaba limpieza. Le gustó el empapelado de diminutas flores blancas y verdes que había elegido junto a Mauricio cuando recién se habían casado.

Entró a la habitación de los mellizos. Las cunas vacías le inspiraron paz. Sintió el cuerpo pesado y tuvo ganas de tumbarse en la camita de una plaza. Ella había insistido en comprarla, para descansar ahí mismo durante las noches

en que los chicos se ponían fastidiosos. Tendida boca arriba, se preguntó cuánto tiempo hacía que no reposaba sola en una cama: desde que era madre. Respiró hondo y acomodó abajo de la nuca el primer almohadón que encontró. Era verde y tenía dibujos de autos de distintos colores. Estiró su mano izquierda por detrás de la espalda para desabrocharse el corpiño. Sintió sus pechos llenos: la lactancia, lejos de ser un castigo, los había mejorado. Se arremangó el vestido. Odió sus piernas blancas, casi transparentes, inundadas por manchas rojas que la depilación de ese mismo día le había dejado. Las marcas subían hasta la pelvis y rodeaban su ropa interior de encaje claro, donde se movía muy despacio su mano derecha. Fabiana contempló las leves contracciones

que se producían en su abdomen y sus muslos sin cerrar los ojos. Hasta que finalmente se apagaron con un suspiro hondo.

Pensó en fingir sentirse demasiado mal y no aparecer en la casa de sus suegros para brindar. Pero le pareció una grosería innecesaria, y además, no quería estar esa noche sin los mellizos. Ya habría tiempo para extrañarlos durante el viaje. Cambió las plataformas rojas por unos zapatos negros bajos que le parecieron más afines a la situación. Puso en marcha el auto para manejar hasta el country donde estaban su marido y sus hijos. Mientras conducía por la autopista vacía, trató de recordar cuáles habían sido las últimas palabras de su padre hacia ella, aquel día en la clínica, pero no lo logró.

*

Por la ventana del departamento que el tío Coco y la tía Irma tienen en el complejo de Parque Norte, en un décimo piso, veo pasar los autos de la Panamericana como si se tratara de un juego de computadora. Van tan rápido que no me dan tiempo a reconocer marcas ni modelos; solo colores. Le digo a mi prima Fabiana que predomina el gris y el negro, y que casi no hay rojos ni blancos: la gente elige ser aburrida. Ella ignora mi comentario y va a buscar un licor de chocolate que su mamá esconde sin éxito en un aparador de la cocina. A los dos nos encanta. De fondo, escucho que nuestros padres, reunidos en el comedor,

discuten sobre asuntos de dinero del bazar. Papá es el que habla más fuerte. Un poco porque su voz es muy grave, otro poco porque está ofuscado. Dice que así no se llega a ninguna parte. Dice que algo hay que resignar. Al tío Coco no se lo escucha. A Irma sí: ella pide que por favor se calmen y lo logra, porque la tía siempre es dulce y armoniosa.

Fabiana trae la petaca, enciende la radio y busca música. Aunque no lo diga, ella también escucha los gritos de nuestros padres. Toma un trago largo y después me pasa el licor. Me gusta Fabiana. Creo que yo también le gusto a ella. No se parece en nada a la tía Irma. Hace poco se cortó el pelo como un varón, pero ese detalle masculino me recuerda bastante a una modelo. Ya tiene tetas grandes y las lleva con

naturalidad. Le encanta usar polleras y yo disfruto de eso. Ahora está sentada con las piernas encima de la silla, apretadas contra el pecho. Si indago, sé que puedo adivinar el color de su bombacha. Prefiero no hacerlo.

A mamá le tiemblan cada vez más las manos, me dice Fabiana. Primero imita el movimiento involuntario de la tía Irma y se ríe. Siento el ardor del alcohol en la garganta. Mi prima comienza a llorar en silencio. La cara se le enrojece, los ojos se le achican. Tomo otro trago y le digo que se le va a pasar pronto, que no se preocupe. Le pongo una mano en el hombro hasta que ella me aparta para acomodarse la remera. Baja las piernas de la silla, las cruza y endereza la espalda. Es un gesto entre femenino y dictatorial.

Enseguida viene papá y me avisa que nos vamos. Mi prima esconde la petaca debajo de un almohadón. Papá intuye algo extraño, pero hace como si nada pasara. A Fabiana se le nota que lloró. Les doy un beso a los tíos, mientras papá sale del departamento en silencio.

*

Fabiana comenzó a transitar el camino que se dibujaba a través del largo parque, desde la entrada hasta el quinchito. Puso atención en cada una de las lajas grises que pisaba. Algunas estaban flojas y entre ellas anidaban pequeños charcos de agua. Sintió las piernas cansadas, como si hubiera cruzado la ciudad corriendo. Miró la pileta y tuvo ganas de tirarse, aun

vestida. Admiró el buen gusto de Rita, su suegra, al decorar la glorieta con luces navideñas y el pino con guirnaldas plateadas. Cuando al fin reconoció a todos reunidos en la galería, se alegró de que la cena fuera al aire libre. El jardín emanaba la frescura justa para armonizar una noche de verano y hacía todo más liviano.

Imaginaba que los mellizos la recibirían a las corridas. Pero solo fue a su encuentro el caniche de la dueña de casa.

Comieron los dos muy bien y ahora tienen sueño, le dijo Mauricio. Su marido tenía en brazos a Valentín. Fabiana lo vio sereno, un estado distinto al habitual. Quizás la que le produce nervios soy yo, pensó.

Rita, vestida con un palazzo y una camisola

de color blanco, como era la consigna tradicional de la noche de año nuevo en su familia, acunaba a Máximo. Su pelo canoso, corto y revuelto hacía juego con la frescura de la noche. Cuando vio llegar a Fabiana hizo ademanes para pasarle al chico. Ella se negó: se lo ve muy bien con vos. Después Rita la invitó con una porción de vitel thoné con ensalada Waldorf. Fabiana volvió a negarse y se desplomó en una silla.

El padre de Mauricio, Álvaro, que ocupaba la cabecera de la mesa, le acarició la espalda con un gesto suave y amigable, que no llegó a convertirse en palmada. Fabiana no estaba acostumbrada al contacto físico. En su familia jamás habían existido abrazos o besos. Quizás por eso se le aflojaron los músculos, tan tensos

durante las interminables horas. Sintió que su piel se erizaba y trató de acompañar el pequeño escalofrío enderezando la columna. Correspondió el gesto con una media sonrisa hacia aquel hombre calvo, que estaba cerca de los setenta años pero conservaba la prestancia y la calidez de los cincuenta.

Faltaba muy poco para la medianoche. La anfitriona propuso pasar al living, donde estaba servida la mesa dulce. Mientras caminaban hacia el nuevo ambiente, Fabiana saludó a las dos hermanas de Mauricio, que habían estado fumando alejadas de la mesa familiar. Ninguna mencionó el motivo de la llegada tarde de Fabiana. El blanco te aporta mucha luz, esencial en esta noche, le dijo la mayor, Noelia. La que la seguía, Verónica, habló de los planes

para después del brindis. Irían juntas a la fiesta que se organizaba en el country.

En el living se oía bossa nova a volumen bajo. Fabiana se acercó a Mauricio y en un susurro le avisó que volaría a Río al otro día a las cuatro de la tarde. Él asintió y le entregó en brazos a Valentín. Rita luchaba con un champagne, su marido la asistía entre risas. Noelia encendía velas blancas y comenzaba a entregarlas una a una a los invitados. Valentín empezó a llorar apenas sintió el contacto con su madre. Fabiana lo soltó y lo vio correr hacia su padre otra vez. Después no vio nada más. Por un segundo pensó que todo se había acabado. Que estaba en otra dimensión. Que la oscuridad había llegado. Se alegró de ese segundo de incertidumbre: no tendría que cumplir con

ninguna de las obligaciones que la esperaban. Pero la vela que le entregaba Noelia la devolvió a la realidad. Un apagón había dejado sin luz a todo el country. Se tienen que activar los grupos electrógenos, aseguró Rita. De pronto se oyó un llanto. Fabiana alzó a Máximo, asustado. Logró tranquilizarlo. Después preguntó por Valentín. Mauricio no contestó. El chico tampoco. Voy por la linterna, avisó Rita.

Cada uno tenía su vela encendida. Vestidos de blanco, salieron uno tras otro al parque. Se escuchaban con claridad las conversaciones de otros vecinos. La oscuridad las amplificaba. El aire olía a quemado, quizás por la pirotecnia, quizás por la explosión de un transformador eléctrico. Los murmullos dieron paso a los primeros brindis. Aun en la oscuridad la gente

chocaba copas, movía botellas, se felicitaba.

La pileta, dijo de pronto Verónica. La revelación desató una carrera frenética. Máximo empezó a llorar. Mauricio lo oyó y entendió. Empezó a gritar, como un mantra, Valentín Valentín Valentín. Ni Rita ni la linterna habían aparecido. Las velas se habían apagado por la brisa. Mauricio buscó el celular dentro de su bolsillo. Lo encendió. La pantalla marcaba 00.06. Con el aparato en la mano guió a su mujer, mientras que con la otra sostuvo a Máximo.

Fabiana sentía que la tierra se hundía más con cada una de sus pisadas. Era como si sus pies entraran en contacto con chicles blandos y pegoteados. Todo se lentificaba. Dos o tres veces pateó al perro, que insistía en seguirla.

Esquivó una manguera tendida sobre el césped y avanzó. Se llevó por delante una rama que apartó con los brazos, lastimándose, y siguió. Cuando vislumbró la pileta cerca, se sentó en el borde y, con una mano, agitó el agua. Sumergió las piernas hasta las rodillas y se preparó para tirarse. Voy yo, dijo Mauricio, y se lanzó. Su cuerpo se desplazó con torpeza. Tocó del fondo de la piscina. La guiaba el tacto. Emergió y repitió el procedimiento que la mente le indicaba.

Cuando volvió la luz, Fabiana tenía la espalda apoyada sobre las baldosas. Las piernas caían perfectas adentro del agua. El abdomen apuntaba justo hacia la luna y ya no se movía por los espasmos del llanto. Su cuerpo entero dibujaba una letra ele. Se levantó automá-

ticamente ni bien escuchó los gritos de Rita. Valentín está acá, decía su suegra desde el quincho. Fabiana empezó a hacer el camino inverso. Cuando logró ver a su hijo, el chico estaba sentado debajo de la mesa lamiendo un turrón. Blando y amarillo, lo amasaba con los dedos y después se lo llevaba a la boca. A su lado, el perro de Rita, tan blanco como su cabellera, le disputaba el dulce.

*

¿Te gusta? Voy a usarla para repartir la mercadería, me dice papá. Pero eso lo hace el tío. El tío no va a estar más en el bazar. Papá es un hombre amable pero de pocas palabras. Si no le pregunto, sé que nunca me va a contar

los motivos de ese cambio, aunque no estoy seguro de querer averiguarlos.

La camioneta no es nueva, pero tiene el mismo olor que el plástico recién estrenado. Es blanca y de doble cabina. Papá maneja hasta una rotisería que no conozco, porque con papá nunca compramos alimentos artificiales ni preparados. Me pide que baje con él. El local es chico. Sobre la vidriera que da a la calle se cocinan varios pollos al spiedo. Hay dos hombres delante nuestro. Esperamos unos minutos sin hablar, y cuando nos toca el turno, papá encarga un pollo y dos porciones de papas fritas. La mujer que nos atiende pone el pollo en una bandeja de cartón y la envuelve con un papel similar al que se usa en la panadería para las facturas. Me llama la atención no tener

que esperar nada, las papas también están listas. Para festejar, dice papá cuando salimos.

Al regresar, papá no toma el camino habitual hacia casa. Sé que es para no pasar por la puerta del edificio del tío Coco. Esa extraña vuelta me hace pensar en las que daba el tío cuando me traía de jugar al fútbol. Si era temprano, antes de las seis o siete de la tarde, íbamos hasta la casa de Teresa, su astróloga. Pero no íbamos directo: antes rodeábamos la manzana un par de veces. Después él estacionaba el Falcon en la esquina de su edificio. Bajábamos juntos del auto, caminábamos media cuadra y tocábamos el timbre tres veces. Siempre era igual. Subíamos a su departamento, en un tercer piso por escalera. Teresa nos recibía con mate. A mí me encendía la tele y me ofrecía

té; jamás una chocolatada. El living estaba pintado de color lila. Una de las paredes era más oscura que las demás, casi violeta, y tenía dibujada una rueda zodiacal gigante. Pasé muchas tardes mirándola, tratando de entenderla, mientras Teresa y el tío estaban en el estudio. Así le decían a ese cuarto que nunca pude conocer por dentro. Cerraban la puerta y desde afuera se oía una música suave. Yo solía estar cansado después del partido y más de una vez me quedaba dormido en el sillón.

En otras ocasiones, el tío me permitía quedarme solo adentro del Falcon. Cualquier cosa vení a buscarme, me decía él: sabés el piso. Pero nunca lo hice. Las visitas solían ser de una hora, casi religiosamente. La exactitud calmaba mi ansiedad. Después, el secreto:

acordate de no contarle nada a la Tía Irma, ella es muy católica, no cree en la astrología.

Cuando volvemos del súper, hablo por teléfono con Fabiana. Aunque ella es un año más grande que yo, vamos a la misma escuela. Compartimos algunos amigos y vamos juntos a fiestas. La llamo para que me cuente cómo le fue con el chico con quien salió la noche anterior, pero en el fondo, quiero saber sobre el tío. Nada del otro mundo, me dice Fabiana. Habla del pelo del muchacho, de su forma de sonreír, de lo meloso que fue con ella. No me gustó ni un poco, remata. Al fin, mi prima pasa al tema que de verdad me importa. ¿Ya sabés lo que pasó en el bazar? Tu papá despidió al mío, me dice. Me parece que no fue así, discuto, aunque desconozco la historia real. La

relación con Fabiana funciona gracias a que no nos cuestionamos, solo nos escuchamos. Sabemos qué cosas no hay que preguntar. Sexo y temas internos a nuestras familias están en la lista. Todo lo que rodea directamente a eso está permitido, aunque con un halo nebuloso. Pero esta vez las reglas se quiebran. El tono del teléfono me avisa que Fabi no está de acuerdo con mi versión de los hechos.

Al día siguiente encuentro a mi prima en la plaza que está frente al colegio. Habla con Sol, su mejor amiga, que es bailarina, y varias veces la vimos en sus presentaciones con mis amigos y los de Fabiana. Pero ahora me ignora. Fabi me saluda fría y distante. Hace que se peina, se tira el pelo hacia atrás y me da la espalda. A los pocos días ni siquiera me dirige

la palabra. No la entiendo, pero la dejo hacer. Sol tampoco me habla, se la nota incómoda con esa decisión. A los pocos días da marcha atrás con su actitud. En la escuela, en medio de un recreo, me saluda y me cuenta que mi tía Irma fue internada en un geriátrico. La enfermedad avanzó muy rápido, me dice Sol. Fabiana está muy enojada, siente que abandonaron a su madre.

Esa misma noche, papá prepara pastel de papas para la cena. Qué increíble la calidad de esta fuente Pirex, dice al sacar la comida del horno. Tiene como veinte años y sigue intacta, ya no se fabrican más así. Mientras comemos, le cuento la noticia que me dio Sol. Papá sigue cambiando los canales del televisor. Es la vida, siempre hay transformaciones, reflexiona.

La última vez que veo a Fabiana, tengo 18 años y ella, 19. Para ese momento, nuestras familias ya no tienen contacto. Hay dos versiones sobre la disputa familiar. La primera campana, la de mi padre, sostiene que el tío Coco se quedó con plata del negocio compartido. No fue una sola vez, sino varias, enfatiza mi papá durante la única charla que tenemos sobre el tema. Es mediodía. Él prepara el almuerzo de espaldas a mí, yo estoy sentado en una esquina de la cocina, tratando de que me explique la distancia. La segunda campana es la de mi tío Coco y dice exactamente lo contrario: es mi papá quien se quedó con plata que no le pertenece, y para justificarse, lo acusó a él. Conozco esa versión porque Fabiana me la contó en un último encuentro.

Llama por teléfono a mi casa, justo atiendo yo y arreglamos para encontrarnos en un bar igualmente distante de ambos hogares.

Cuando al fin la veo, Fabiana parece diez años más grande: el pelo largo hasta la cintura con dos rastas, la piel muy clara, casi sin color, como siempre, pero la noto más deslucida. Me cuenta que se fue de su casa. Ella, al igual que mi padre, también se peleó con el tío Coco. No le perdono lo que hizo con mamá, me explica. Fabi vive con una amiga, trabaja en un local de ropa y está de novia con un estudiante de teatro de Zona Norte. No creo que la relación dure mucho, él no tiene muchas ganas de progresar y yo sí, me confiesa. Fabi está triste y se le nota demasiado.

*

Al ver a Estela, Fabiana pensó que ella podía ser una mujer con quien su padre tenía una relación. Hasta que apareció Osvaldo, su marido: somos muy amigos de tu padre y estamos al tanto de la situación familiar. Aquella frase fue la primera bocanada de aire que Fabiana sentía en Río de Janeiro desde que había subido al avión en Buenos Aires. Al menos no tendría que fingir. Ni explicar.

Estela era rubia y de pelo corto. De sus orejas pendían unos largos aros de alpaca que casi chocaban contra el mentón. Su pequeña contextura estaba envuelta en un vestido violeta y su piel, tostada por el sol. Se presentó ante Fabiana como la organizadora de los viajes

del club de jubilados en el que participaba su padre. En la pequeña recepción del hotel donde estaba, pintada de paredes amarillas y refugiada bajo un ventilador de techo que, a pesar del día caluroso, le helaba la piel, recitó sus últimos días.

Fabiana imaginó a su padre, un puñado de días atrás, adentro de un micro con destino a Río de Janeiro, en un plan similar al de un viaje de egresados. Juntos compartirían mate, torta, galletitas, caramelos. Se acalambrarían, volverían a ser niños al pedirle al chofer que hiciera paradas regulares para estirar las piernas e ir al baño y al preguntar cuánto falta para llegar.

Imaginó a su padre en las claras playas de Río por primera vez. ¿Sería la primera vez? ¿Habría tenido otras? Jugaría al tejo o a las cartas o

al vóley. Se untaría en abundante pantalla solar e iría hasta la orilla del agua con un gorro para protegerse del sol, rodeado de mujeres y hombres de carnes flácidas, con poco temor a exhibir sus cuerpos semidesnudos. Nadaría, Fabiana estaba segura de eso: a su padre le gustaba nadar y, de hecho, le había enseñado a ella.

Imaginó a su padre en la copiosa cena de bienvenida al lugar. Luciría aquellos pantalones cortos color tostado que le cosía su madre. Fabiana no le conocía otros. Comería feijoada, tomaría caipirinhia. Participaría del concurso para elegir a la reina de la noche. Votaría a una mujer que a las claras no ganaría: su padre no tenía buen gusto con las mujeres.

Imaginó a un hombre con una vida sin esposa, sin hija, sin hermano y sin sobrino.

Fabiana se preguntó a sí misma cómo se hace cuando los cimientos que sostienen a una persona se desmoronan uno a uno. La sonrisa de Estela le daba algunas pistas, pero de pronto el semblante de la mujer se endureció. Fabiana imaginó entonces a su padre en el almuerzo del 31 de diciembre. Se sentaría, posaría sus manos sobre la mesa, se despojaría del reloj, de la cadena, quizás de las llaves del hotel, y se descalzaría con disimulo las sandalias. Conversaría con sus compañeros acerca de los planes para recibir el nuevo año. La comida llegaría y su padre se acomodaría una servilleta sobre el cuello. Al finalizar, no podría evitar cabecear, aun a la vista de todo el mundo. Sus compañeros no se preocuparían, porque ya lo conocían. Aunque de pronto

advertirían que la siesta era un poco más larga que lo habitual.

Estela tenía la voz a punto de quebrarse. Osvaldo la relevó justo a tiempo. Tomó a Fabiana de las manos, abrió una de sus palmas y le dejó una pulsera de plata grabada con su nombre. Tu papá la había apoyado sobre la mesa antes de morir, le dijo. Lo demás está adentro del cuarto del hotel, hay cosas importantes pero tenés que ocuparte vos, agregó Osvaldo.

Fabiana ya sabía que no visitaría ese cuarto antes de volver a Buenos Aires.

*

Alguien golpea las manos dos veces. Las palmadas son breves pero insistentes. Me

asomo y detrás de las rejas que separan el jardín de la vereda encuentro a un hombre vestido con bermudas y una camisa blanca de mangas cortas. En su mano tiene un celular y un manojo de llaves. Hasta que no me explica quién es, no lo reconozco. Los vasos de vino que tomé no son tantos como para nublar me el entendimiento, a menos que se sumen a los excesos de noches anteriores y organicen un boicot en mi contra.

Mauricio está realmente muy cambiado. Hace un año, cuando nacieron los mellizos que tuvo con mi prima Fabiana, irradiaba juventud. Es evidente que la crianza lo carcomió. Por lo que recuerdo, Mauricio tiene una casa con pileta y un parque enorme para pasar el verano en la ciudad. También tiene plata

suficiente como para desaparecer de ella. Siempre sostuve que con plata el verano puede disfrutarse. Me cuesta comprender por qué viene a buscarme a mi casa un tres de enero luego del mediodía, cuando el sol de Buenos Aires chorrea sin piedad sobre nuestros cuerpos y el servicio eléctrico está interrumpido en media ciudad.

Lo invito a pasar. En casa está mi mujer, Sofía, su hermano con su novia y dos amigos míos. Recibimos el año todos juntos, le aclaro con una sonrisa cómplice que jamás capta. Su desconcierto frente al desorden –platos para lavar de la noche anterior, varias botellas de sidra abiertas y sin terminar, los gatos rondando por el living, la puerta del patio abierta de par en par, las mujeres con los pies adentro

de la pelopincho, yo sin remera y descalzo— me hace advertir cuán endurecido está este hombre, que tiene tres años más que yo.

Nos ubicamos en el living, alejados del bullicio de los demás. Me justifico por el calor que hace en la sala: hace tres horas volvieron a cortar la luz. Sirvo agua que ya no está fresca. Antes de sentarme, me visto con la primera remera que encuentro. A poco de ponérmela, advierto que no es mía sino de mi cuñado y que tiene olor a su transpiración. Cuando parecemos lo suficientemente cómodos los dos, Mauricio se disculpa por llegar sin avisar, dice que me llamó por teléfono pero no logró dar conmigo y que le costó encontrar mi casa. Al final lo consiguió gracias a las coordenadas de Fabiana. El motivo de su visita, dice,

es que tiene una noticia para darme. Supongo un nuevo embarazo de Fabiana. Me alegro de antemano. Sonríó todo lo que puedo. Casi largo una carcajada y felicito a Mauricio con una palmada amistosa en la espalda.

Tu tío Coco murió, me dice de repente. Fue en un viaje por Brasil, Fabiana ya voló a Río para reconocer el cuerpo. Hace cerca de diez años no lo veo, le contesto. Me detengo en el ceño fruncido de Mauricio, sus manos grandes y transpiradas. No sé qué decir. Mi tío fue una gran figura en mi infancia, pero dejó de ser mi héroe en el momento justo. Quizás, hasta lo planeó. Rompió relaciones con mi padre, con mi tía, con mi prima. Y, por añadidura, conmigo. En un primer momento acepté su ausencia de forma natural. Estaba

acostumbrado a sentirme solo. Pero poco después de encontrarme a Fabiana por última vez, quise buscarlo. Me armé de excusas: jamás iba a reconocer que necesitaba su atención o cariño. Inventé —y hasta me creí— que iba a verlo para hablarle de cuan mal había encontrado a mi prima. Me imaginé que podríamos vernos de forma casi clandestina, sin que la familia lo supiese. A tomar café, a comer pizza con cerveza en alguna esquina, incluso fumar juntos: como dos adultos. Tres veces en una misma semana fui a tocar el timbre a su departamento. Su Falcon gris, impecable a pesar de los años, siempre estaba ahí, estacionado en la puerta. Pensé que el tío podría estar afuera de su casa por una circunstancia normal. O de viaje. O que quizás se había mudado. Pero la

última vez interrogué a una vecina, quien me dijo lo esperable: claro que vive acá, esta mañana nos saludamos en la terraza.

Con Mauricio enfrente, me ofrezco a ayudar en lo que sea necesario. Él dice que ya está todo solucionado, que solo vino a verme porque sabía de la relación que nos unía y le parecía importante que estuviera al tanto. No habrá velatorio ni entierro, me aclara. Estoy de acuerdo con su decisión. Le pregunto por Fabiana y me responde que está bien, haciéndole frente a un momento difícil, pero Fabi es muy fuerte.

Sofía llega al living y nos encuentra en silencio. Destila olor a bronceador. Sobre la bikini lleva un vestido muy corto de color verde. A la altura de sus pechos cada vez más grandes, su traje de baño aun mojado forma dos aureolas

oscuras. No puedo evitar mirarlas. Después clavo mis ojos en los de Mauricio. Él sí pudo esquivar la mirada de los pechos de mi mujer. Me alegro por eso.

Qué cambiado estás, Mauricio, dice ella. Estoy seguro de que lo ha visto una única vez, aquel día en que nacieron los mellizos. Ella me esperó afuera de la clínica para no mezclarse en la situación familiar, pero una vez en la calle, se saludaron. Sofía se sienta al lado mío. Entiende que tiene que hacer algo para cortar el aire denso que nos rodea. ¿Le constaste?, me codea, en un gesto cómplice. Si le conté qué, pregunto. Lo del embarazo. Estoy embarazada, le dice Sofía a Mauricio. Se toca la pequeña panza hinchada en un acto que ya es como un reflejo.

Mauricio nos felicita con palabras de compromiso. Al igual que, por compromiso, vino a anoticiarme de una muerte. Le importa poco nuestra vida y su cara de disconformidad al pisar nuestro hogar me lo hace saber.

Fabiana va a alegrarse, agrega Mauricio. Se pone de pie, se acomoda la camisa, se estira la bermuda y busca en un bolsillo las llaves de su auto. Avanzamos hacia la puerta de entrada.

Sofía nos sigue. Son mellizos, agregó: las historias en la familia suelen repetirse. Entonces, vuelve la luz.





FORAJIDOS

1 |

Tengo un cumple de seis. Sé que los chiquitos van a preguntarme si la bebida que sirvo en estas jarras de vidrio transparente es Coca Cola o Pepsi. Sé que van a quejarse porque el pancho no está hecho con salchichas de primera marca. Sé que van a quedarse atrapados en el pelotero esperando a que los socorra. Y que yo voy a ir. Voy a arrastrarme como si mi cuerpo fuera de goma. Como si a los 19 años todavía no conociera el dolor de espalda.

Si tu quieres bailaaaar, querrás, sabrás que

este es el momento. La canción dice siempre lo mismo y las nenas enloquecen. Paso el tema dos o tres veces por fiesta. Lo tarareo por inercia. Si tu quieres bailar, Si tu quieres bailar. Anoche, en la discoteca, bailamos con las chicas arriba del parlante como si hubiera sido la última vez. Hoy las piernas no me dan más. Si tu quieres bailar, Si tu quieres bailar. Es domingo al mediodía. Pasaron solo cuatro horas de mi noche de sábado. Afuera el sol hace brotar las plantas, calienta las cabezas de los enamorados, empuja a las tortugas a dejar de hibernar y yo asisto a cuarenta aprendices de forajidos adentro de un salón de fiestas infantiles.

*

El lugar queda en Acassuso. Según la dueña, para llegar se caminan las calles más lindas de Buenos Aires. Lindas son. Lo malo es su silencio. Un silencio que hace pensar que la gente de estas cuadras no enciende la tele, no escucha música, no corre muebles, no habla por teléfono, no se pelea a los gritos. O tienen paredes el doble de gruesas de lo normal que aíslan los sonidos o están todos muertos en sus mansiones. O no están. Tal vez no viva nadie y mantienen estas casas y este barrio para que nadie lo ocupe. Me acostumbro tanto a que no haya ruido que cuando aparece algún trabajador, uno de seguridad o una mujer con guardapolvo de mucama, me asusto. Pienso que me van a secuestrar. Igual, no me va pasar: nadie creería que puedo ser un botín valioso.

*

Llego puntual. Me cambio mi musculosa turquesa por la remera verde manzana que nos dan en salón de fiestas. Es un talle grande, me queda como un camisón, pero me la pongo adentro del jean y luzco presentable. Me apuro para ir a abrirle la puerta a la madre del cumpleaños. Ella me sonríe pero, antes de saludarme, dice que parezco chiquita. Devuelvo la sonrisa y le cuento que todos me dicen lo mismo, pero que tan chica no soy. Y sonrío de nuevo. Lola, la encargada del salón, me dijo mil veces que no me atara el pelo con una colita alta porque parezco de quince años y no impongo respeto. También me dijo que tratara de delinearle los ojos para parecer

más grande. Nunca le presté atención: hacer eso es de tilinga. Ella tampoco se arregla mucho para las fiestas. A pesar de que trabaja a comisión por los cumpleaños que vende, a veces aparece con jogging y zapatillas Nike.

Relojeo a la mami y saco una cuenta rápida de cuánta plata tiene puesta en ropa. Examinó su cartera sport, unas chatitas bajas, jean recto, remera básica, camperita de gabardina con capucha y accesorios: cadenita que parece de oro, pulsera y aros haciendo juego. Es una mami moderna, relajada, de fin de semana. Nada de botas altas y camisa. Es domingo y ella tiene claro que va a jugar con su nene sin dejar de estar a la moda. Me parece bien. La cuenta me da más o menos dos sueldos y medio míos. Con los chicos me pasa lo mismo.

Cuando salen del pelotero me piden que les ponga las zapatillas. A los seis años tienen unas más caras que las mías.

El cumple empieza con quince minutos de juegos libres en el pelotero y el inflable. Así, los chicos se sacan un poco la ansiedad. Saltan a morir, transpiran y se tranquilizan. Después viene la hora de la comida. Sole y yo les servimos panchos y sándwichs de jamón y queso. Los panchos los pone el salón. La gaseosa, también. La llevamos a la mesa en jarras de vidrio para que nadie se entere de que usamos la marca del supermercado y no una de primera. Después de la comida organizamos un juego. Eso es lo que más cuesta, porque Lola les vende a los padres que hacemos un montón de cosas pero nosotras apenas captamos la atención

de los chicos, enamorados ya de sus celulares y Ipods. No somos maestras jardineras ni profesoras de educación física: los padres creen que sí. Sole es madre soltera, quedó embarazada cuando terminó el secundario y trabaja de esto y de camarera en un bar para darle de comer a su hijo.

*

Trato de empezar con el juego de los gusanos. Toco el silbato dos o tres veces para que los chicos me escuchen. Les pido que formen dos filas. Las nenas de un lado, los varones del otro. Se nota que están acostumbrados así. Después van pasando por adentro de unos tubos de tela de colores. Buscan un tesoro: una

bolsa de caramelos envuelta con papeles de revistas. No gana nadie porque el grupo se desintegra antes de que terminemos. Sole no le pone onda. Está cansada y se le nota. Si juega con alguien es con su hijo y no con los ajenos. La entiendo. Yo me esfuerzo para organizar pero tampoco tanto. Pienso en los chicos. Ellos no quieren que les hagamos formar fila y les demos instrucciones como en el colegio. Tienen ganas de jugar como se les canta. Los de seis te lo dejan bien claro. Lola los escucha y deja de insistir. Los chicos se dispersan.

Diez minutos después, propongo que las niñas bailen y los varones jueguen al fútbol. Quiero hacer cosas porque me caigo del sueño y del aburrimiento. A Sole todo le da igual así que le entrego el silbato para que vaya afuera

con los varones. Los chicos corren hacia el patio. Ella arrastra los pies.

Me quedo adentro con las nenas. Conecto el micrófono y las convoco para hacer un baile con purpurina. Vienen locas de alegría. Saltan y gritan con voz finita. Me va a explotar la cabeza. Cierro las cortinas que nos separan del patio donde juegan los chicos. Pongo música. Me subo a la tarima y bailo pasos que invento en el momento. Las chicas me siguen. Parezco una coordinadora de viajes de egresados. Hago unas vueltitas moviendo el culo y acompañando con las manos. Me divierto. Es la mejor parte de la fiesta.

Acerco el micrófono al grupo. Lo agarra una de las nenas. La hago subir a la tarima. Me agacho para estar a su altura. La miro hacer el

show: mueve la cabeza, revolea el pelo largo hasta la cintura y canta: si tu quieres bailar, si tu quieres bailar, querrás, sabrás, que este es el momento, ¡guapoooooooo!

La cantante gira para dar una vuelta y me pega con todo su pelo en la cara.

*

Sole y los forajidos que estaban afuera corren las cortinas y entran de repente. Bajo la música. Hay que cortar la torta, me dice Sole. Vienen las velitas. Le hago señas a la mami del cumpleañero para que venga a asistirme con su torta. Vamos a la cocina. Entre las dos ponemos las seis velitas, la bengala que no se sopla porque tira fuego por arriba y los adornos

con los *Power Rangers*. Ella sale primero de la cocina y se acomoda con los chicos y con Sole en la mesa. Yo me encargo de apagar la luz y llevar la torta a oscuras hasta donde están todos. A tuestas llego a apoyarla en la mesa. Cantamos el feliz cumpleaños en castellano y en inglés y apagamos las velitas. Después prendemos la bengala y coreamos el feliz en tu día solo en castellano. Corto las porciones de torta y Sole las reparte entre los chicos. La mami me agradece porque todo está saliendo lindo. Su alegría deja ver una inmaculada dentadura blanca.

Cuando todos terminan de comer hacemos otro rato de pelotero e inflable libre. Queda poco tiempo para que se vayan. Solo falta la piñata. En un par de horas ya puedo estar en

mi cama para recuperar sueño. Me quedo en el pelotero. Sole está en el inflable. El pelotero tiene un puentecito que desemboca en un tobogán, que a su vez baja hasta el inflable. Antes habíamos cerrado esa parte. Ahora la abro. Es un premio: los chicos se portaron bien. Los miro ir y venir adentro del túnel, tirarse por el tobogán, caer en el inflable y levantarse para empezar otra vez la vuelta. Van uno detrás de otro, son hormigas en fila. Me distraigo pensando en el baile de la noche anterior. Las chicas sobre los parlantes. El pibe de aliento a cerveza al que le di mi teléfono. Ojalá no me llame nunca.

¡Seño, me enganché!, escucho de pronto. No soy seño pero lo importante es la segunda parte de la frase. El cumpleaños está atascado

en el túnel. Tiene el pantalón agarrado en la red del laberinto. Miro para otro lado y espero a ver si sale solo. Me grita que no puede. No me queda otro remedio que agacharme y hacer esos metros gateando. No doy más, pero pienso que es el último esfuerzo. Llego hasta donde está el chico. Logro rescatarlo y ni siquiera me agradece. No pienso tirarme por el tobogán y caer como una tarada al inflable, así que me doy media vuelta para volver gateando. Cuando giro, una de mis zapatillas le da en la cara al chico. Le pido disculpas. Le juro que fue sin querer, pero en el fondo sé que una porción de mi brusquedad fue a propósito. Al pibe le queda una marca roja en la cara. Amarga a llorar, pero no llega a soltar lágrimas. Me mira con maldad. Le ofrezco un caramelo que

tengo en el bolsillo. Lo convenzo diciéndole que es de dulce de leche y chocolate. De esos no hay en el cumpleaños. Le doy un beso en la mejilla golpeada. El chico acepta el caramelo y se calma. Me mira con desconfianza, pero logro que baje del juego conmigo. Juntos, damos marcha atrás por el laberinto. Él se va con su mami y yo con Sole.

*

Reunimos a todos los chicos alrededor de la piñata que tiene forma de barco. Me toca a mí balancearla de un lado al otro y tirar de la cinta para que se abra y caiga una lluvia de pape-
litos mezclados con caramelos y juguetes de plástico. Agito el barco. Amago dos veces con

que se abre, pero no. Los chicos gritan. Estoy por dar el batacazo final cuando la mami del cumpleaños se me abalanza. Me acusa con el dedo índice. Le veo la uña pintada de rojo. Dice que le pegué a su hijo. Que lo pisé adentro del laberinto. Que lo lastimé. Niego todo. Le explico que fue un accidente: solo nos chocamos cuando fui a buscar a su hijo, que había quedado enganchado. La mami sigue convencida de que lo maltraté.

Sole se da cuenta de que algo pasa. Toma la tira de la piñata, cuenta fuerte hasta tres y la abre. Caen las sorpresas. Los gritos de los chicos se confunden con los de la mami exaltada. Sé que no tengo que llorar, pero es lo único que puedo hacer. Corro a la cocina. Estoy cansada. Cierro la puerta y escucho como

Lola trata de calmar a la mami. Me defiende. Le dice que yo estoy capacitada para este trabajo, que nunca podría aplastar a un chico.

Cuando Lola me encuentra, termino de comer un pancho que sobró. Me dice que no me preocupe, que son todas iguales, creen que somos servidumbre mal habida. Me da palmadas en la espalda. Eso me hace llorar otra vez. Me limpio la nariz con una servilleta. Ella me exige que me lave la cara y vaya a la puerta a repartir bolsitas y globos a los chicos.

Me echo agua fría de la canilla de la cocina sobre los ojos. Me mojo todo el pelo y me lo ato bien tirante. Cuando lloro las marcas no se me van así nomás. Tengo manchas rojas alrededor de los ojos y de la boca. Parece que me hubieran pegado. Pero no me importa. Cargo

tanta bronca que salgo así. Estoy impresentable y lo sé. Atravieso el piso del salón donde todavía hay papel picado de la piñata y llego hasta la puerta. Siento que los chicos me miran con curiosidad. Me quedo en mi puesto. Soy un perchero de cinco bolsitas en una mano y cinco globos celestes en la otra. Se las voy dando una a una a los que se van. Esta vez no los saludo con un beso. No tengo ganas.

Llega el momento en que se va el cumpleaños. Lo veo venir con su mami, cargando la pila de regalos que le trajeron sus compañeritos. Deseo que se les prendan fuego entre las manos. Sin decir nada, le entrego su bolsita y su globo. Casi ni lo miro.

A vos te voy a hacer echar, me dice el chico.

La mami lo escucha. Su silencio es pura

aprobación. Sale caminando erguida, mirando hacia adelante. Aires de ofendida. Su hijo la sigue. Los dos se suben a una reluciente camioneta de doble tracción manejada por un hombre que no estuvo en la fiesta.

Dejo los globos y las bolsitas que me sobraron, busco mi mochila y me voy rápido del salón.

2 |

El cumpleaños del lunes es a las tres de la tarde. Llego más temprano. Salgo de la facultad a la una y el colectivo esta vez hace rápido. Sigo con sueño. Me arden los ojos. Dormí solo

cinco horas porque me quedé leyendo para un parcial. Pero el cansancio de hoy es distinto: es el cansancio de gente adulta, aturdida por sus responsabilidades. Me hace sentir importante. Cuando era chica, imaginaba que ser grande era ir todo el día de acá para allá con camisa blanca, pantalón de vestir, cartera negra y una carpeta con papeles.

Aprovecho para servirme un vaso de la gaseosa de segunda marca y calentarme un sándwich de miga que sobró de la fiesta del día anterior. Sé que si no lo hago, no voy a poder comer hasta las siete u ocho. Cuando saco la comida del tostador, Lola viene rápido a la cocina. La escucho llegar diciendo que hay un olor a quemado que mata. Me pregunta qué estoy haciendo. Le explico lo obvio: caliente

un sándwich de ayer. No almorcé nada afuera, preferí venir rápido para acá. No lo hagas nunca más antes de una fiesta, después viene la gente y esto parece una fonda, me dice ella, levantando cada vez más el tono. Es cierto, acá tiene que haber olor a cumpleaños feliz, suelto una risita irónica.

La conozco: me dice cualquier cosa, está enojada porque el día anterior me fui sin saludar y las clavé con la limpieza a ella y a Sole.

Empiezo a decorar el salón. La nena del cumpleaños, de cuatro, quiere una ambientación con princesas de Disney. Cuelgo figuras en las lámparas, guirnaldas en las ventanas y pongo el mantel de plástico y las servilletas de papel que corresponden. Lo termino sin ayuda porque Sole llega recién cuando ya hay

chicos en la fiesta. Entra rápido, no me da un beso y me dice que vino más tarde porque anoche tuvo que quedarse limpiando sola. Mi mente se refugia en una guirnalda para no sufrir tensión extra.

Casi no hablamos de la planificación de la fiesta. Las dos sabemos que esta vez nos toca hacer títeres. Los chicos son solo veinte y parecen tranquilos. Por suerte la madre de la cumpleañera viene recién para la torta.

*

La obra la hago siempre yo; mientras, Sole acomoda a los chicos y cuida que ninguno se trepe al teatro de títeres. No me molesta. Me gusta jugar con los personajes y hacer

las diferentes voces. Esta vez preparo la de la princesa Catalina y el sapo que se convierte en príncipe. El punto de mayor concentración de los chicos es cuando el sapo y la princesa se están por dar un beso. Sole genera entusiasmo en el auditorio. ¡Que se besen, que se besen!, canta con tonada.

Hago desear el momento. Al final junto a los muñecos para que se den el beso. Después bajo la mano derecha, que es la que tengo vestida de sapo, me arranco el muñeco con los dientes y como puedo introduzco al príncipe. Mi mano sale y todos son felices.

Mandamos a los chicos al pelotero. Justo llega la mami de la cumpleañera. Una ejecutiva. Trajecito color chocolate, camisa blanca, botas altas y maletín en mano. No me interesa saber

cuánto cotiza su vestuario porque es horrible. Igual debe ser caro. Eso sí: viene acompañada por un papi que está muy bien y prefiero concentrarme en él. Buen lomo, joven, canchero. Se ve que además de estar en la oficina con el traje puesto, hace deporte.

Lola está en la cocina. Sole mira a los chicos en el pelotero. Como ayer estuve yo ahí, ahora le toca a ella. Mi puesto es el inflable. El papi se sienta en la mesa decorada con princesas. Mira todo con detenimiento. La mami saluda primero a Sole y después a mí. Me transformo en alguien amable, le doy charla, pregunto si recién llega del trabajo. Me dice que sí, y que no pudo venir antes porque tuvo que llevar a su otro hijo a la clase de batería. Al mismo tiempo, el papi me pide un destapador

para abrir una cerveza. Adentro del salón no se puede tomar alcohol y debería decírselo. Pero él trajo la bebida y yo no tengo ganas de explicarle nada. Voy a la cocina y le doy lo que pide.

La mami me consulta cómo sigue la fiesta. Cuando le estoy diciendo que en diez minutos cortamos la torta, escucho un ruido y un grito, un golpe seco y la voz aguda de Sole. La mami también lo escucha. Las dos nos damos vuelta y vemos a un nene tirado en el suelo. Corremos juntas. La cerámica patina y nos cuesta llegar. Sole está desesperada. Se le trabó la lengua. Dice que no sabe cómo, pero que la red del laberinto cedió y que el chico cayó al vacío. El día anterior yo había visto que estaba un poco rasgada, aunque no me había parecido que fuera para tanto.

El nene llora, pero a primera vista no tiene ningún golpe grave. Está consciente y eso es lo que importa. Lola llama rápido a la ambulancia y trata de calmar la situación. Manda a Sole al patio con los chicos para que los entretenga. Por suerte el papi y la mami no hacen escándalo y se concentran en solucionar el problema. Ella abraza al nene y él, con el porrón de cerveza en la mano, le dice que no pasó nada. Los dos se quedan sentados en el piso con el chico, ambos con las piernas cruzadas. Hacen una buena pareja.

*

Antes de que lleguen los médicos aparece un patrullero. Quizás el papi lo llamó con su

celular o Lola ante la desesperación se equivocó y marcó el número de la comisaría. Dos oficiales jóvenes bajan de un auto destartalado con sus gorras en la mano. Uno es alto y rubio, con poco pelo. El otro más petiso y todavía más pelado. Nos dan las buenas tardes y empiezan a hacernos preguntas. Dicen que las animadoras y la encargada del salón vamos a tener que declarar en la comisaría para ver cómo pasó todo. Le digo que no puedo porque tengo que estudiar. Al otro día rindo un parcial.

Es su obligación ante la ley, señorita, me dice el policía.

Le explico que no hice nada ilegal, que estoy trabajando y que después tengo que irme a mi casa. Me da miedo que sepan lo del día

anterior o que me pregunten sobre el estado de la red del laberinto.

Lola les abre a los médicos. Traen una camilla que al final no usan. Dejan al chico en el piso, en el mismo lugar donde ocurrió la caída. Lo someten a algunas pruebas. Le preguntan cómo se llama y si le duele algo. Le golpean la rodilla, a ver si tiene reflejos. Lo hacen mirar los dos dedos índices del doctor. El chico mueve la cabeza hacia un lado y hacia el otro. No tiene nada, dicen los médicos. Igual recomiendan que le hagan unas radiografías. La mami ejecutiva dice que ella se encarga. Lo va a llevar al sanatorio de su prepaga. Mientras, llama a los padres y los pone al tanto. Los demás chicos siguen en el patio jugando a la pelota y a la mancha. Algunas chicas tienen

aros para hacer piruetas.

El salón se empieza a vaciar. Llegan los primeros padres a buscar a sus hijos. Todos preguntan por qué la ambulancia y el patrullero. A mí me toca dar explicaciones torpes. Un accidente: un nene se cayó del pelotero y por seguridad llamamos a emergencias, pero no es nada. Lo repito como un loro una y otra vez.

Se fueron los médicos, los chicos y los padres. Adentro solo quedan Lola y Sole en la cocina y yo, en la puerta ordenando resabios del cotillón. También están los dos policías. Comen panchos con Coca Cola en la mesa de los chicos. Tienen la gorra en la mano. Parecen relajados.

Camino hacia la cocina para darles una mano a Lola y a Sole e irnos lo más rápido

posible. Finjo estar distraída cuando paso por al lado de los oficiales.

¿Qué estudiás?, pregunta el petiso, el más pelado. ¿Para qué querés saber?, me persigo. Debería tratarlo de usted, pero no me sale. Todos tus datos deben quedar en el acta que tenemos que elevar, contesta, levanta las cejas y abre los ojos bien grandes. No me parece que sea importante si estudio o no, ni qué carrera.

Los dos se ríen a carcajadas, como si yo estuviese diciendo algo sin sentido. No entiendo qué les causa gracia. Me imagino en la comisaría con Sole y a Lola en el salón, limpiando con la música para niños de fondo. Me imagino pasando toda la noche enfrente de una máquina de escribir mientras nos toman

declaraciones, en vez de estar estudiando para el parcial. Es injusto. Siempre me mandan al frente a mí y ninguna se hace cargo.

Entonces les digo a los policías que no, que no pienso ir. Y para reafirmarlo, para que sepan que les hablo en serio y dejen de reírse, empiezo a tirar los vasos de las princesas, que se chocan contra el suelo, y los pots con papitas y palitos que saltan por el piso tan limpio. También revoleo un pancho mordido con mucha mayonesa. El aderezo estalla contra la pared y deja una mancha pegajosa de color amarillo patito. Arranco las guirnaldas y las hago un bollo. Sumerjo a las princesas rubias de las lámparas en una jarra de Coca Cola. Las veo convertirse en dibujos morenos, mientras Lola pasa frente a mí, hablando

por su celular. No me mira. No dice nada. No se sorprende. Le debo dar vergüenza.

El policía más pelado amaga con levantarse. Va a esposarme, pienso. Va a llevarme a la fuerza en un patrullero para declarar en una comisaría oscura. Pero en lugar de acercarse a mí, camina hasta el pelotero. Se cuelga de la red como si fuera el alambrado de una cancha de fútbol. Mira para adentro las cientos de pelotitas. Se da vuelta y me grita algo que no llego a entender. Le hago gestos preguntándole qué quiere. Dice que le abra el pelotero, que quiere pasar. Dudo. Quizás no estoy escuchando bien. Me acerco. ¿Me abris el pelotero, ahora que no queda nadie?, me dice.

Dejo que entre. Antes, le aclaro que tiene que sacarse los borcegos. Cumple. Se queda

con unas medias azules rayadas en rojo. En el talón derecho descubro un agujero. Su uniforme azul se sumerge en el arco iris de colores que forman las pelotas de plástico. Después el policía sube al puentecito donde había quedado enganchado el cumpleaños del día anterior. A diferencia del chico, él lo atraviesa con comodidad. Se tira por el tobogán. Su cuerpo fofo cae en el inflable. Después se pone de pie. Mientras toma impulso le grita a su compañero que lo siga. El rubio mira divertido. Cuando comprende la orden se saca los borcegos y los tira como quien descarta un diario del día anterior. Luce medias de un fucsia furioso.

Los policías corretean juntos. Hacen siempre lo mismo: pelotero, puente, tobogán, inflable.

Se tiran pelotitas entre ellos. Una de color verde le da en un ojo al rubio, que parece enojarse y va a la caza del pelado. Corre varias vueltas pero no lo alcanza. Se agita y se echa sobre el inflable con los brazos extendidos al costado del cuerpo.

Lola vuelve a cruzar el salón. Camina a paso tranquilo desde la puerta de calle hacia la cocina. Terminó de hablar pero igual mira la pantalla de su teléfono.

El policía pelado me vigila. Le clavo los ojos sin disimulo. Él no me mira, pero después me pide que vaya, otra vez. Me acerco: vení, entrá.

Reacciono en automático. Me saco las zapatillas y me lanzo al pelotero. Me sumo a la rutina que venían haciendo. Pelotero, puente, tobogán, inflable. Los miro contorsionarse en

vuelatas carnero. Tienen una sorpresiva flexibilidad para encogerse y rodar.

Siento quejidos. La voz viene del lado del puentecito. Dirijo mi mirada hacía ese punto. Dos piernas cuelgan al vacío. No es el cumpleaños atrapado. Es otro chico. Está sentado, descalzo, con un brazo enganchado en la red que se rompió. La red que nadie arregló. Su otro brazo es tan corto que no llega a liberarse por su cuenta. Habrá dado tantas vueltas que finalmente quedó en esa posición. Por eso nos pide a los tres mayores que tiene cerca que lo asistamos. Primero lo ignoramos. Pero grita cada vez más fuerte. Le explico que se tiene que quedar tranquilo porque su mamá va a tardar en llegar y si se queja es peor. Dice que le duele. El dolor tiene su

parte linda y ya estás en edad de aprenderlo, le contesto.

Salto cada vez más. Mi horizonte son los pies colgantes del pibe que sufre y grita. Los policías celebran mis piruetas. Cada vez que uno de nosotros cae, el inflable se hunde mucho más que cuando hay cinco o seis chicos. La lona sube y baja. El aire que le da forma al gigante se expande cuando nuestros cuerpos aterrizan en él. El castillo va a reventar. Busco en mis bolsillos algo que me ayude a cumplir la misión. De milagro todavía tengo el destapador que le llevé al papi del cumpleaños para su cerveza. Debería haberlo dejado en la cocina pero me olvidé.

Los policías siguen con sus brincos y sus carcajadas. Me esfuerzo por mantenerme en el

tsunami. Necesito la mayor estabilidad posible. Espero un salto de los oficiales, otro y al tercero clavo el puñal. Me cuesta: las puntas del destapador son débiles frente a la lona. Hago fuerza. Logro un pequeño agujero. Necesito otro más. De a poco el aire va saliendo. Siento su silbido suave pero persistente. Ellos no se dan cuenta. Hasta que nuestro colchón de la alegría pierde espesor. Lento, muy lento, las paredes de colores ceden. El castillo es una isla a punto de hundirse. Los oficiales leen mi intención y me ayudan. El pelado saca un cortaplumas de la cintura y lo clava con saña en las lonas. El otro lo mira, ansioso. Saca una sevillana del elástico derecho de su media fucsia. Una, dos, tres puñaladas. El aire no sale del todo. Me hace acordar a cuando era chica

y quería vaciar la pileta de lona. Al principio, el agua salía a cataratas. Después quedaba estancada y para sacarla no había otro remedio que dar vuelta toda la estructura, tironear y después pasar el secador. El otro policía empieza a desesperarse. Me mira, me guiña un ojo y desenfunda su arma. ¡Noooo! Grito. Pero es tarde. El impacto suena en todo el salón. Hace eco. Los últimos restos del gigante de lona encantada caen sobre nosotros. Sentimos una ligera asfixia. Yo puedo escaparme primero de los escombros porque conozco donde está la salida. Voy gateando hasta que puedo incorporarme y correr.

Quiero irme. Voy a irme. Pero antes me cruzo con Lola y con Sole. Estoy agitada y triunfante.

¿Dónde estabas, nena? Todavía te queda

pasar el trapo por todo el salón, dice Sole.

Desde el pelotero, los policías me miran. Se ríen. Me muestran al niño envuelto en la red del laberinto.



AUTORIDADES

PRESIDENTA DE LA NACIÓN

Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRA DE CULTURA

Teresa Parodi

JEFA DE GABINETE

Verónica Fiorito

SECRETARIO DE POLÍTICAS SOCIOCULTURALES

Franco Vitali



LEER ES FUTURO



Cultura Argentina



Ministerio de Cultura
Presidencia de la Nación
Argentina